

PERIODISMO Y VIOLENCIA POLÍTICA

en México a finales del siglo XX.

El Diario de Culiacán ante las insurgencias armadas

Sergio Arturo Sánchez Parra
Universidad Autónoma de Sinaloa

Las guerras empiezan mental y emocionalmente, en el cambio de lenguaje, en los medios. Palabras como enemigo, odio, liquidar, aplastar, señalan que algo está acercándose. Es la etapa de preparación mental previa a las actividades militares.

Ryszard Kapuscinski

La época de mayor exacerbación de la violencia política¹ en México fue la década de los setenta del siglo pasado. Diversas regiones del territorio nacional fueron escenario de numerosas acciones de guerrilla desplegadas por un sinnúmero de organismos clandestinos que adoptaron la forma de asaltos bancarios, secuestros de aviones, de connotados empresarios, de personal diplomático extranjero asentado en ciudades como Guadalajara, Jalisco o Monterrey, Nuevo León, movilizaciones callejeras, «ajusticiamiento» de policías e integrantes de la burguesía nacional, emboscadas a personal militar e, incluso, «intentos insurreccionales» como el articulado por la Liga Comunista 23 de Septiembre en el estado de Sinaloa, ubicado en el noroeste mexicano, a principios de enero de 1974.

¹ La violencia ha tenido y tiene un papel capital en la historia de la humanidad. Es ejercida tanto por el Estado como por individuos o grupos contra otros individuos o contra el Estado mismo. Puede ser llevada a cabo por un grupo rebelde o por revolucionarios, quienes tratan de modificar empleándola contra el *statu quo* de una sociedad. Tiene como finalidad vencer la resistencia del adversario. Uno de sus métodos más efectivos, es de carácter simbólico, pues a través de diversos medios impresos o gráficos pone de manifiesto una situación de injusticia o busca legitimar las acciones del grupo que la lleva a cabo. Su implementación, cabe aclarar, no es indiscriminada. El grupo debe escoger lugar, individuos o edificios a los cuales hará objeto de esta y así poder ganarse el apoyo de parte de la sociedad, Norberto Bobbio, Nicola Matteuci, Gianfranco Pasquino, *Diccionario de Ciencia Política*, México, Siglo XXI Editores, 2000, pp. 1627-1634.

Múltiples organizaciones políticas y militares operaron a lo largo y ancho del país. Unas, de carácter rural como la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) bajo el liderazgo del profesor normalista Genaro Vázquez y posteriormente la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres (BAPDLP)² al mando del también maestro Lucio Cabañas Barrientos, ambos en el estado de Guerrero.

Por otro lado, en ambientes urbanos operaron infinidad de siglas con las que se identificaron grupos tales como el Frente Urbano Zapatista (FUZ),³ la Liga de los Comunistas Armados (LCA), las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP),⁴ y sobre todo, la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S),⁵ muchos nombres con un solo propósito:

² La fundación de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres se ubica tras la matanza de campesinos en la comunidad de Atoyac, estado de Guerrero el 18 de mayo de 1967. A partir de esta acción cuya responsabilidad fue de las autoridades políticas de dicha entidad federativa, el PDLP decidió comenzar a hacer trabajo de reclutamiento de militantes tanto para tareas políticas como militares a los que integraría en lo que denominó más tarde como Comités Revolucionarios. Para agosto de 1973, llegó a tener más de un centenar de efectivos guerrilleros y una amplia base de apoyo en las zonas serranas de Guerrero. El ideario sociopolítico de la BAPDLP fue continuar la lucha revolucionaria de Francisco Villa y Emiliano Zapata, más los aportes del guevarismo y el maoísmo. En Francisco Ávila Coronel, «Lucio Cabañas y el Partido de los Pobres», www.partidocomunistademexico.files.wordpress.com.

³ Los orígenes del Frente Urbano Zapatista se encuentran en la juventud radicalizada por la represión gubernamental de octubre de 1968 en la ciudad de México. Durante su existencia el liderazgo de la organización recayó en Francisco Uranga López. Adoptaron las tesis de la guerrilla tupamara uruguayana. Su acción más espectacular fue el secuestro del Director de Aeropuertos y Servicios Auxiliares (ASA), Julio Hirschfeld Almada, el 27 de septiembre de 1971. Javier Cervantes Mejía, Raíces, *Aparición e impacto del levantamiento armado del EZLN: una aproximación a la historia de la guerrilla en México, 1960-1964*, Cuernavaca, Morelos, Tesis de Licenciatura en Historia, UAEM, 2007, pp. 85-86.

⁴ Las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo, tienen antecedente en el movimiento estudiantil de la Universidad de Guadalajara. Son escisión de la Federación de Estudiantes de Guadalajara y ex militantes del Frente Estudiantil Revolucionario. Se inspiraron en el marxismo leninismo y entre sus acciones de mayor impacto en la opinión pública destacó el secuestro del Cónsul General de los Estados Unidos en Guadalajara, Terrence George Leohardy en febrero de 1973. Jesús Zamora, «Las FRAP en Guadalajara», www.lasfrap.blogspot.mx

⁵ La Liga Comunista 23 de Septiembre fue conformada por una diversidad de agrupamientos de extrema izquierda que mayoritariamente procedían del medio universitario. Entre los organismos que la integraron destacaron: Los Procesos, que provenían de la Juventud Comunista Mexicana (JCM) cuyo líder fue Raúl Ramos Zavala y la Juventud Estudiantil Cristiana bajo el liderazgo de Ignacio Salas Obregón con sede en la ciudad de Monterrey, Nuevo León; el Movimiento Armado Revolucionario 23 de Septiembre, que emanaba de la Organización Nacional Armada Revolucionaria de los Hermanos Óscar y Julio Gómez García, con cuadros políticos en Chihuahua y el sur de Sonora; los Macías del sector radical de los «Espartacos» que en los años sesenta plantearon la lucha armada en los estados de Tamaulipas y Chihuahua; el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) del estado de Jalisco; los Lacandones que surgieron del activismo político en el movimiento de 1968; los «Guajiros» con idénticos orígenes y sus bases se encontraron

derrocar al Estado mexicano e imponer la Dictadura del Proletariado en México.

Todos los grupos en su inmensa mayoría bajo la guía doctrinaria del marxismo leninismo desataron su lucha guerrillera contra un régimen político imperante que apeló a todo tipo de recursos y estrategias (legales e ilegales) para confrontar, diezmar y desaparecer a centenares de militantes armados que abiertamente lo habían desafiado y que según ellos, ponían en riesgo la seguridad nacional.

Esta historia fue documentada por la prensa mexicana. Eso sí, narrada de acuerdo con un guión previamente diseñado. En un ambiente de control asfixiante de los medios de comunicación por parte del gobierno, estos jugaron un rol fundamental en la estrategia de combate y exterminio que el régimen de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) desplegó en contra de las organizaciones guerrilleras.

Para las autoridades era de importancia capital ganarse a la opinión pública. Por ello, la prensa escrita y su guerra informativa debían generar en el imaginario colectivo la idea de la amenaza que representaban aquellos grupos de jóvenes violentos para la seguridad nacional.

Gracias a esa labor informativa, evidentemente parcial, maniquea, los diarios mexicanos construyeron una representación colectiva para mostrar que México era víctima de la furia, la esquizofrenia, la locura de segmentos de la juventud vinculados en su mayor parte a la delincuencia común y en menor medida universitaria que sin razón alguna, moral o política, agredían a la sociedad en su conjunto con sus acciones destructivas.

Fue parte de la guerra que las autoridades gubernamentales desplegaron para destruir a unos enemigos que ponían en cuestión el monopolio de la violencia legítima por parte del Estado. Ante las diversas acciones de contención y aniquilamiento impulsadas por los cuerpos de seguridad oficiales, las insurgencias guerrilleras no tuvieron oportunidad alguna de triunfo. Su lucha fue por demás desigual, como Quijotes combatiendo a molinos de viento.

El Diario de Culiacán, informativo de la capital sinaloense puso su granito de arena en la estrategia oficial para confrontar localmente a las organizaciones clandestinas que operaron en el país y especialmente a la LC23. Por qué priorizar a esta organización clandestina y no otras. La respuesta es sencilla. Fue en esta región del noroeste mexicano, una de sus bases principales de operaciones en el territorio nacional. En Sinaloa el grupo estudiantil, conocido como los Enfermos de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), integrantes de esa organización, desplegaron una guerra de guerrillas contra el régimen político imperante.

en el Distrito Federal y Baja California Norte, la FEUS-Enferma de la Universidad Autónoma de Sinaloa y el grupo «Oaxaca». Mario Menéndez Rodríguez, «Qué buscan hoy los guerrilleros de la Liga Comunista 23 de Septiembre» *Por esto*, 90, (1983), p. 5.

Este trabajo que describe algunas acciones de violencia política articuladas en diversas partes del país por grupos guerrilleros rurales y urbanos, se centra en analizar el papel que jugó la prensa como un instrumento ideológico empleado por el Estado para combatir a quienes apelaron a la lucha armada en esos años de la centuria pasada.

Cinco son los objetivos propuestos en esta narrativa en torno al tratamiento que *El Diario de Culiacán* otorgó a la violencia política que aquejó a México durante una década. Primeramente, reconstruimos el pasado de militancia declaradamente anticomunista con el que nació este informativo y el entorno institucional que lo influyó para asumir sin dificultad el rol de periódico enemigo de los grupos guerrilleros que operaron en diversas partes del país. En segundo lugar, comentamos la descripción de algunas de las principales acciones de la insurgencia armada en territorio nacional y en el tono en como fueron difundidas por este medio de comunicación escrito. Un tercer punto, documentamos los puntos de vista de algunas voces que se expresaron en *El Diario*, generando opinión pública sobre el problema. Cuarto, las explicaciones que desde esta tribuna fueron difundidas en el espacio público intentando explicar qué había causado la violencia política. Y, finalmente, un quinto punto que resalta la representación dominante sobre la figura del guerrillero que fue puesta a consideración del público lector en esa época.

Un poco de historia

El primer ejemplar de *El Diario de Culiacán* apareció el 1 de abril de 1949. Tuvo como director fundador al licenciado Román R. Millán, periodista de viejo cuño quien, desde 1929, tenía relación con el medio noticioso. Ese año dicho periodista fue uno de los tres coordinadores del periódico *El Momento*, vocero de campaña del vasconcelismo en México con el cual se divulgaron las peripecias y sinsabores de la contienda electoral en que se embarcó el autor del *Ulises Criollo*, José de Vasconcelos, en pos de la Presidencia de la República.

Esa pasión por el periodismo y la política lo llevó en la primavera de 1949 a fundar *El Diario de Culiacán*, en la capital de Sinaloa. En el momento de su aparición hizo alarde de independencia y neutralidad frente al gobierno y los grupos de poder estatales:

Ya venimos y aquí estamos
y en llegar tuvimos suerte
no traemos pretensiones
ni de grandes ni influyentes
ni traemos en la diestra
desenvainando el machete

tampoco –como se dice–
 venimos a comer gente
 Venimos con la intención,
 de hacer algo, si se puede,
 en pro de nuestra Entidad,
 la más bella del Noroeste,
 colaborando con todos
 los sectores sinaloenses
 que quisieran ver a su Estado
 más próspero y floreciente.
 Todos serán respetados,
 pues que todos lo merecen
 lo mismo el gobernador,
 que el industrial y el sirviente,
 el comerciante, el obrero, en fin,
 cualquiera que fuera, ya que todo
 ser humano tal derecho concede.
 Mas si hay que censurar,
 actos pocos convenientes,
 lo haremos con corrección,
 en una y todas las veces,
 buscando no herir a nadie,
 sino que el error enmiende,
 ya que nunca lo cortés,
 ha quitado lo valiente.
 Este es en pocas palabras
 el propósito que tiene
El Diario de Culiacán
 que hoy al público se ofrece
 sin ínfulas de grandeza
 ni habladurías de insolente,
 y aquí está, todo el servicio
 de los buenos sinaloenses.⁶

Por un lado, *El Diario de Culiacán*, pretendió ser un informativo libre de compromisos hacia cualquier sujeto u organismo político que operara en Sinaloa. Afirmaba ser tribuna plural, abierta hacia todos los sectores de la sociedad local de aquel entonces. Por otro, dicho periódico nació en plena época en que la Guerra Fría comenzaba a gestarse y los bloques de poder iniciaban su lucha por ganar aliados y espacios de influencia de manera global.

⁶ *El Diario de Culiacán*, 1 de abril de 1949, p. 3.

Por otro lado, de inmediato pintó su raya argumentando ser un medio de comunicación que no haría el juego al país de las barras y las estrellas, mucho menos al de la hoz y el martillo. En la editorial del primer día acorde al deslinde que hizo frente a los grupos de poder y sus luchas en pos de ejercer influencia o el control político de Sinaloa, este informativo se declaró neutral ante la nascente confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esa declaración de fe, fue recogida en el artículo titulado *¡Aquí estamos señaló!*:

En cuanto a la política internacional de las grandes potencias, nos mantendremos en un plano de imparcialidad sin hacernos voceros de sus grandes intereses egoístas que tienden por una y otra parte a establecer una hegemonía perjudicial para los pueblos débiles económica y bélicamente hablando. Ellas, esas grandes potencias militares, cuyos nombres están en la mente de todos, han creado y mantienen una atmósfera bélica, de desconfianza, de incertidumbre y de infaustos augurios, ambiente este que no debe contagiarnos ni envenenar nuestro espíritu, para que, como hasta hoy, Sinaloa siga marchando a paso firme y decidido hacia su meta que es la prosperidad por medio del trabajo y la cultura.⁷

Dicho propósito quedó en buenas intenciones. Su pretendida neutralidad ideológica y política ante el entorno internacional prevaleciente quedó tan solo en discurso. Desde el primer ejemplar, *El Diario de Culiacán*, hizo eco de la influencia estadounidense. Primeramente, adoptó sin reserva alguna el formato de producción, diseño y distribución de la Escuela Interamericana de Periodismo, asentada en Nueva York. Es decir, este periódico se concibió como un instrumento de comunicación pero a la vez un medio a través del cual la publicidad comercial ofertaría para su venta todo tipo de productos a los potenciales lectores de acuerdo al formato adoptado por la prensa norteamericana. Sin embargo, el ascendiente yanqui se manifestó también en el terreno ideológico. Este periódico sinaloense, sin cortapisas y contraviniendo sus propias declaraciones inaugurales de no hacerle juego a los bloques de poder internacional, se sumó a la lucha estadounidense en contra del comunismo internacional.

Lo favorecieron las circunstancias políticas y sociales mexicanas imperantes tras la finalización de la segunda guerra mundial. El discurso de «Unidad Nacional», del sexenio del Presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946) implicó deslindar al régimen posrevolucionario de cualquier posición de izquierda. De inmediato esa postura se tradujo, entre otras cosas, en que la prensa nacional y regional comenzara a redactar sus notas pretendiendo construir una representación ante la opinión pú-

⁷ *El Diario de Culiacán*, 1 de abril de 1949, p. 3.

blica que el comunismo soviético y sus aliados mexicanos eran sinónimo de riesgos para la seguridad nacional.

Así, este ambiente influyó para que el principal periódico de la capital sinaloense se dedicara a afirmar que personalidades de izquierda, partidos políticos identificados con la hoz y el martillo o cualquier movimiento social (rural o urbano) que confrontara al Estado, rápidamente fuera identificado como quinta columna, agente de Moscú y posteriormente de La Habana con propósitos inconfesables.

Respecto a algunos de los otrora aliados del Estado mexicano, como el dirigente obrero Vicente Lombardo Toledano, en adelante, gracias a este ambiente ideológico de la guerra fría y la postura gubernamental antiizquierdista, *El Diario de Culiacán* asumiría sin cortapisa alguna la idea de que todo aquel activista o dirigente de movimientos políticos, radicales o no, era títere del comunismo internacional cuyo epicentro estaba en la Plaza Roja de la capital soviética. Así, comenzaron a publicarse notas periodísticas que argumentaban cosas tales como que:

La Confederación Proletaria va a pedir a los más altos tribunales de la República que Vicente Lombardo Toledano sea enjuiciado, porque lo hacen aparecer como el principal instigador de los zafarranchos ocurridos en Ciudad Madero, Tamaulipas. En las oficinas de la Proletaria, se declaró que la solicitud para el procesamiento del líder de la CTAL radica en el hecho de que sigue agitando a las clases trabajadoras siguiendo los lineamientos del Kremlin.⁸

Años más tarde, como herencia maldita, esta línea política e ideológica se exacerbó empleando un campo semántico maniqueo, con acento persecutorio y arremetiendo sin restricción alguna contra movimientos sociales. Ejemplos sobran: el de campesinos dirigido por Rubén Jaramillo en Morelos o de tipo urbano como el de los ferrocarrileros, maestros, médicos y, sobre todo, estudiantiles en los años sesenta que confrontaron a las autoridades mexicanas exigiendo solución a sus reivindicaciones. Todos ellos sin excepción, fueron lapidados moral y políticamente en las páginas de los diarios nacionales y regionales.

Dichas movilizaciones populares fueron utilizadas por la prensa mexicana para difundir a la opinión pública, con claro tono alarmista, que nuestro país era una pieza en el tablero de ajedrez del comunismo internacional cuyos representantes eran esos dirigentes y sus organizaciones. Esa denuncia tenía como propósito resaltar que esas protestas tenían siniestros propósitos: desestabilizar y alterar el orden. Ante ello, era necesario que el Estado utilizara todos los medios posibles para neutralizar y liquidar a todos aquellos individuos o grupos que se prestaran a tan siniestros objetivos.

⁸ *El Diario de Culiacán*, 12 de junio de 1949, p. 1.

El Diario de Culiacán, se sumó a dicha campaña de linchamiento sin cortapisas. Los años siguientes, sus páginas serían espacios para la denuncia y condena de todos aquellos actores políticos que confrontaran, con las armas o no, a las autoridades gubernamentales. Pero este artículo no solo trata de documentar este fenómeno que aquejó a los medios de comunicación nacionales en la época. Más aún, afirmamos que es necesario intentar explicar los porqués de este posicionamiento contra los opositores al Estado mexicano.

Para entender el comportamiento de la prensa estatal como *El Diario de Culiacán* ante un fenómeno como la violencia política que aquejó a Sinaloa u otras regiones del país, es necesario tener en mente el contexto histórico en que se desarrollaron este y el resto de medios informativos. Ello es indispensable para comprender el posicionamiento acrítico y falta de objetividad y la línea de análisis con la cual abordaron la emergencia de grupos estudiantiles radicales en el estado o guerrillas urbanas y rurales que operaron en estados como Jalisco, Nuevo León o Guerrero.

La prensa local y nacional en las décadas de los cuarenta a los años setenta del siglo XX estuvo inmersa en una batalla ideológica que trasciende las fronteras mexicanas. Es la época en que la Guerra Fría alcanzó su punto más álgido y la rivalidad entre dos bloques de poder se expresó en el terreno ideológico y político. Para ambas partes, era indispensable conseguir el apoyo de la opinión pública al precio que fuera.

Dicho enfrentamiento, se tradujo en este terreno en una guerra de palabras que pretendió legitimar un régimen en detrimento del oponente. En esa perspectiva, los líderes de ambos grupos, destinaron todo tipo de recursos para ganar a la opinión pública internacional en torno a los intereses que representaban.

En ese contexto, México, durante los sexenios de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y sobre todo, el de Miguel Alemán Valdés (1946-1952), se acogieron al paraguas político e ideológico norteamericano originando así una estrategia de contención y persecución de todos los grupos opositores, principalmente de izquierda en donde la prensa escrita jugó un rol fundamental.

Tampoco tenía otra opción. En esa época, el Estado mexicano había diseñado diversos mecanismos de control y cooptación de los diversos medios de comunicación destacando entre ellos el creado para la prensa escrita. Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), se fundó la Productora e Importadora de Papel S.A. (PIPSA) a través de la cual el régimen político de turno obligó a las compañías periodísticas a someterse a los dictados oficiales so pena de castigarlo con la venta de la materia prima de la industria que era el papel. Otros mecanismos fueron la compra de publicidad o,

en caso de asumir una postura independiente, la asfixia económica, la persecución de periodistas o el cierre de diarios y revistas como medidas represivas.

Así, de buena o mala manera, la prensa escrita en nuestro país fue cómplice de un régimen político enemigo de la democracia y de las libertades más elementales: el derecho a la información. Unos medios de comunicación que se volvieron en pilares fundamentales del que Octavio Paz denominó «ogro filantrópico», en que se convirtió el Estado. Un especialista de la materia como René Rivas afirma:

(...) para que el autoritarismo priísta funcionara como lo hizo durante siete décadas, requirió de la complicidad y obediencia de los dueños de los medios de comunicación. Para cultivarlo el Estado propició la corrupción de periodistas que fueron agentes, delatores, escribanos y linchadores por encargo. Y si esa vía no era eficaz, echaba mano de la amenaza, la censura, la asfixia económica, la represión. Los periódicos fueron generosos con las múltiples voces del conservadurismo más rancio, omisos, en cambio, para quienes protagonizaron con su activismo la lucha más significativa de su siglo.⁹

Ese contexto político autoritario que se configuró en el México de la época, se exacerbó en Latinoamérica debido a dos hechos históricos que provocaron en Estados Unidos y las oligarquías nativas el temor a que el comunismo pudiera establecer una cabeza de playa en el continente. Por un lado, el experimento frustrado del gobierno nacionalista de Jacobo Arbenz en Guatemala, derrocado por un golpe militar en 1954 bajo los auspicios del país de las barras y las estrellas y, sobre todo, el triunfo de la revolución cubana a principios de 1959.

Este último suceso profundizó la paranoia anticomunista en el país y la prensa, dócil a un gobierno abiertamente declarado aliado del vecino del norte, rápidamente se convirtió en un instrumento de contención y combate en contra de una supuesta conjura internacional comunista que se cernía sobre todo el continente americano. Ante el peligro los diarios de circulación nacional y estatal al unísono emplearían todo tipo de estrategias informativas con el único propósito de linchar a todo aquel individuo o grupo que pareciera simpatizar con las ideas de izquierda. Elisa Servín sostiene que:

incluyó la denuncia de comunistas, izquierdistas, militantes sociales y defensores de los derechos civiles, como potenciales *caballos de Troya* del imperia-

⁹ René Rivas Ontiveros, «El 68 mexicano y su impacto en la prensa escrita» en, R. Valles Ruíz, R. González Victoria, P. Vega Jiménez, (coords.), *La prensa un actor sempiterno*, México, Ed. Gernika, 2014, pp.194-195.

lismo soviético y el comunismo, y por tanto, enemigos del mundo libre que debían ser perseguidos y reprimidos.¹⁰

Bajo estas directrices, medios de información como *El Diario de Culiacán*, con tono estridente y una visión paranoica, macartista, se dedicaron en los años sesenta y setenta a construir opinión pública y representaciones sociales maniqueas sobre individuos y grupos políticos opositores al Estado. Ante cualquier sospecha de simpatías o militancia de izquierda, rápidamente eran tipificados como títeres de Moscú o La Habana. Peor aún, aunque estas personalidades o sus organizaciones nunca hubieran tenido que ver con las movilizaciones sociales o acciones de los grupos guerrilleros, rápidamente los informativos señalaban con índice de fuego que los comunistas y aliados eran los autores materiales o intelectuales de los hechos.

En este contexto histórico caracterizado simultáneamente por el control gubernamental sobre los medios de comunicación nacionales y la atmósfera internacional anticomunista, *El Diario de Culiacán* comenzaría a llevar a cabo su tarea frente a la violencia política que se escenificaría en el estado y el país.

La violencia política descrita en *El Diario de Culiacán*

Escenas de pánico, de asombro, divulgación de afirmaciones de que México era víctima de una conspiración internacional circulaban a diario en sus páginas. Más aún, acusaciones contra grupos estudiantiles o instituciones de educación superior señalándolas de ser espacios de reproducción del terrorismo y subversión en lucha abierta contra las autoridades, fueron parte del tráfico noticioso que reprodujo *El Diario de Culiacán* a lo largo de la década de los setenta del siglo XX.

Aunado a ello, fue un periódico interesado en documentar y explicar desde su muy particular punto de vista las diversas acciones de violencia política que desplegaron numerosos grupos guerrilleros, urbanos y rurales en distintas partes del territorio nacional. La violencia política en territorio nacional adoptó diversos matices y contenidos. Se caracterizó por movilizaciones callejeras, ataques a instalaciones agrarias, «ajusticiamiento» de policías, emboscadas a efectivos del ejército, detonación de bombas en sucursales bancarias, intentos insurreccionales y secuestros de connotados empresarios, de aviones o de personal diplomático, entre otras medidas.

Todas y cada una de ellas tuvieron amplia difusión en *El Diario de Culiacán*. Sin embargo, serían reseñadas de acuerdo a la línea editorial previamente marcada por el anticomunismo casi militante del que

¹⁰ Servín, Elisa, «Propaganda y guerra fría: la campaña anticomunista en la prensa mexicana del medio siglo», *Signos Históricos*, 11 (2004), p. 12.

hacia gala desde años atrás y el férreo control gubernamental sobre los medios de comunicación que lo obligaba a difundir las noticias acorde con los dictados de la Secretaría de Gobernación. Como regla principal, la violencia política instrumentada por los grupos clandestinos siempre apareció en primera página. Dependiendo de la magnitud e impacto sociopolítico podía ser el encabezado a ocho columnas u ocupar notable lugar en la portada del periódico. En el interior aparecerían editoriales y las reflexiones de los articulistas de opinión locales y nacionales interesados en discutir este fenómeno de desajuste social que cursaba la sociedad mexicana de la época.

Se pretendía mostrar la magnitud e impacto de la destrucción ocasionada por las acciones políticas y militares que efectuaban las organizaciones clandestinas. Explicar a tono con las directrices del periódico y autoridades gubernamentales que la explosión de descontento proveniente de un sector de la población nacional era propio de pandillas delirantes o agentes del comunismo internacional.

Cotidianamente los lectores de la capital sinaloense se enteraban que en las principales ciudades del país algo estaba ocurriendo. Del asombro se pasó a fomentar el miedo. De la zozobra a una toma de postura contraria hacia todos aquellos que intentaban desestabilizar a México con acciones tales como:

Cinco jóvenes asaltaron ayer en la mañana en menos de tres minutos una Sucursal del Banco de Comercio y se apoderaron de 280 mil pesos. Los asaltantes que llevaban oculta la cara con pañuelos e iban armados con pistolas, huyeron a bordo de un Ford Falcon con una franja amarilla y con las placas ocultas.¹¹

De los asaltos bancarios podía pasar a divulgar el estallido de artefactos explosivos en algunas ciudades del país. Con el mismo sentido e intencionalidad este informativo local reseñaba:

Esta madrugada y en menos de cinco minutos, tres bombas caseras estallaron en varios lugares de esta ciudad causando daños materiales al edificio de la Tesorería Municipal, los Talleres del Diario «Oaxaca Gráfico» y al convento de Santo Domingo.¹²

O peor aún. Ante el aumento e intensidad de la actividad guerrillera, los reportajes periodísticos arreciaban sus ataques. Denunciaban que México estaba siendo víctima de un aparente enemigo invisible que buscaba aprovechar el momento propicio para lastimar tanto a la sociedad mexicana como a los cuerpos de seguridad encargados de protegerla.

¹¹ *El Diario de Culiacán*, 4 de octubre de 1970, p. 7.

¹² *El Diario de Culiacán*, 24 de julio de 1972, p. 2.

Algunas notas comentaban: «Once militares y dos civiles fueron acribillados hoy a las 14 horas durante una emboscada que individuos desconocidos pusieron a un pelotón comandado por el Mayor Maximiliano de la Vega Morales».¹³

La lapidación continuaría. Con el mismo tenor y clara intencionalidad de crear estados de ánimo en la opinión pública se utilizó políticamente el secuestro del Cónsul Honorario de Estados Unidos asentado en Guadalajara. *El Diario de Culiacán* al difundir este suceso, buscó crear la sensación de que se abría un potencial conflicto diplomático con el gobierno estadounidense y un chantaje por parte de los delincuentes al que podrían someter a las autoridades mexicanas para liberar al representante del gobierno estadounidense en el occidente del país. El reportaje decía:

Esta tarde, a las 17:30 horas fue secuestrado el Cónsul General de EUA, Terrence George Leohardy, por algunos desconocidos que se identificaron como miembros de las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo y Movimiento 15 de Enero de 1972, quienes piden a cambio de la libertad del alto funcionario, la excarcelación de 30 «presos políticos» que deberán ser liberados en la Ciudad de México y enviados el próximo domingo a las 16:00 horas en un vuelo especial a Cuba.¹⁴

A su vez, el secuestro del funcionario norteamericano propició la ocasión de difundir las acciones desplegadas por el gobierno mexicano para lograr la liberación expedita de este. Incluso, intentaron crear en el imaginario colectivo culiacanense una representación colectiva en la que los connacionales nos sintiéramos dirigidos por un Ejecutivo Federal magnánimo preocupado por el destino del extranjero secuestrado u otras personas en situación de desamparo. Algo que estaba muy lejos de la realidad. Las notas en esos días clamaban: «recalcamos que el Gobierno Mexicano tiene una filosofía humanista, de pleno respeto y protección a la vida humana».¹⁵

Por otra parte si la insurgencia armada daba visos de existencia, el discurso era ensombrecedor. México frente al flagelo del terrorismo, caos y destrucción. Pero, ante la acción del Estado y su guerra contra-insurgente el tono a emplear denotaba airado triunfalismo. En primera plana para que el público lector se enterara del éxito obtenido por parte de las fuerzas de seguridad gubernamentales, aparecían este tipo de declaraciones:

¹³ *El Diario de Culiacán*, 24 de agosto de 1972, p. 12.

¹⁴ *El Diario de Culiacán*, 5 de mayo de 1973, pp. 1-2.

¹⁵ *El Diario de Culiacán*, 6 de mayo de 1973, p. 12.

Después de dos meses de cacería la policía informó ayer que arrestó a dos muchachos en relación con el secuestro del Cónsul General de los Estados Unidos, Terrence G. Leohardy, ocurrido el 14 de mayo pasado. Alfredo Manzano y Sergio Simón Carrillo, de 17 años, están en custodia y han confesado su participación en el secuestro del diplomático. Los secuestradores, se describieron a sí mismos como miembros de las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo.¹⁶

El adjetivo empleado tenía una intencionalidad más que manifiesta. Captura de secuestradores no de guerrilleros. Quedaban así reducidos a la condición de simples delincuentes. Nada que tuviera que ver con individuos que apelaban a la violencia como un instrumento para hacer posible sus reivindicaciones políticas. Con el mismo tenor y tintes de triunfal sensacionalismo, divulgaron la caída del principal dirigente guerrillero de carácter rural, Lucio Cabañas Barrientos líder de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, organización clandestina que asentó sus reales en el estado de Guerrero. Lejos de ser un luchador social el Estado y sus aliados, los medios de comunicación, lo redujeron a la condición de simple forajido. El suceso ocurrió a principios de diciembre de 1974. La opinión pública fue informada de que un asaltante, que asolaba el sur del país, responsable de numerosos hechos delictivos como el secuestro del Rector de la Universidad Autónoma de Guerrero, Jaime Díaz Castrejón, del connotado político local Rubén Figueroa, de ajusticiar a caciques locales y haber perpetrado diversas emboscadas al ejército, por fin caía muerto en un operativo desplegado por efectivos militares en la región montañosa de dicho estado.

El encabezado a ocho columnas difundió el siguiente comunicado:

El guerrillero Lucio Cabañas Barrientos resultó muerto durante un enfrentamiento con tropas del Ejército Nacional esta mañana. En un Informe escueto, la Secretaría de la Defensa Nacional confirmaba la noticia: «El asaltante Lucio cabañas Barrientos resultó muerto en compañía de otros diez asaltantes que lo acompañaban dijo la SDN en un boletín. El hombre que asoló al país, murió en la región de El Ocotil, municipio de Tecpan de Galeana, estado de Guerrero, a cuyo mando está el General Eliseo Jiménez Ruiz quienes terminaron con la vida del bandolero al cual se atribuye el secuestro del Senador Ruben Figueroa que ahora es Candidato a Gobernador del Estado de Guerrero.¹⁷

Esta y muchas más notas fueron parte de las acciones de violencia política documentadas por *El Diario de Culiacán*. No terminó su tarea informativa ahí. En esos años sus páginas fueron abiertas para que ex-

¹⁶ *El Diario de Culiacán*, 26 de julio de 1973, p. 1-2.

¹⁷ *El Diario de Culiacán*, 3 de diciembre de 1974, p. 1-6.

peritos o interesados en el tema generaran opinión pública que grupos armados y sus acciones estuvieran presentes en la agenda de debate nacional y estatal.

El público opina

La violencia política generada por los grupos estudiantiles radicales u organizaciones políticas y militares que la impulsaron, produjeron un cúmulo de opiniones sobre el uso de las armas y los perversos intereses que se movían tras estas prácticas, lastimando a la sociedad en su conjunto.

Este problema social, dio pauta para la aparición de múltiples voces discutiendo en torno a un tema fundamental de la agenda de debate público de aquella época. No obstante cabe destacar como hecho positivo que se amplió el espacio público de deliberación local. Aunque tenía también su lado negativo: provocó en la opinión pública la paranoia anti-comunista y la sensación del miedo frente a cualquier actor político que se definiera como opositor al régimen de Echeverría Álvarez.

Hablar de público, es aludir a un conjunto de individuos que se han convertido en lo que Kant¹⁸ denominó maestros de la opinión que tienen el atributo de hacer públicos sus razonamientos privados en tanto son parte de una elite ilustrada capaz de redactar documentación escrita sobre un tema específico. Dichas redacciones por regla general se difunden en el espacio público produciendo foros de debate en este caso en torno a la violencia política que se desarrollaba en diferentes regiones de la república mexicana. Ello solo es posible en una sociedad que se presume moderna, en donde existe un público apto para deliberar, afirmarí James Van Horn Melton, y que en este particular caso se interesó en el tema de las guerrillas mexicanas.¹⁹

La violencia política desatada por un cúmulo de organizaciones guerrilleras detonó una guerra de opiniones. En ese periodo (1970-1980), se multiplicaron las notas, reportajes, editoriales o artículos de reflexión frente al tema. De manera innegable este fenómeno de convulsión social que asoló a diversas regiones del país se convirtió en el asunto estelar de la agenda de debate del México de aquel entonces.

Por ende, toda prensa se volcó a formar una opinión pública proclive a confrontar y derrotar al terrorismo y a la subversión. ¿Por qué adquirió valor estratégico el empleo de la palabra escrita ante las insurgencias armadas? De acuerdo con François Xavier Guerra afirmamos: «no hay mejores medios que los que proporciona la imprenta de los papeles periódicos, destinados por su naturaleza a excitar, sostener y guiar a la opinión pública».²⁰

¹⁸ Emanuel Kant, *Filosofía de la historia*, México, FCE, 2009, p. 29.

¹⁹ James Van Horn Melton, *El nacimiento del público*, Valencia, PUV, 2009, p. 15.

²⁰ Guerra, François Xavier, *Modernidad e independencias*, México, FCE, 1993, p. 298.

La fórmula fue difundir la noticia acorde a una línea editorial dominante; la búsqueda de más lectores potenciales a favor del punto de vista de quien confronta a las guerrillas rurales y urbanas; saturar a la opinión pública nacional y local de que el país estaba siendo víctima de una conjura internacional de corte comunista; y afirmar que un peligro inminente se cernía sobre la nación, ante lo cual era obligación apoyar al Estado y su guerra contrainsurgente.

El alud de información, comentarios en tono crítico, las condenas a la violencia encabezada por los agrupamientos clandestinos o los intentos por explicar el porqué del fenómeno tenían una sola finalidad: «hacer creer, hacer actuar».²¹

Las palabras son armas que los actores sociales emplean para confrontar al adversario, denigrar al oponente, insuflar valor a quien lo combate y movilizar a los tibios de espíritu. En esos días que estremecían a la vida pública nacional, la prensa escrita en México, y *El Diario de Culiacán* no fue la excepción, se convirtieron en un arma de guerra. Fue un medio eficaz empleado por las autoridades gubernamentales para la persecución y aniquilamiento de las insurgencias a través de la palabra escrita.

Este periódico, en esa época se convirtió en tribuna de un público (local y nacional) interesado en promover el debate y generar opinión pública en torno a lo que ellos consideraban el problema más delicado que aquejó a la sociedad mexicana en la década de los setenta de la centuria pasada.

Sus páginas fueron abiertas para que esos maestros de la opinión, con sus producciones discursivas, construyeran representaciones sociales sobre la violencia política y/o crearan esa opinión pública que pretendió convertirse, diría Roger Chartier, en el «árbitro soberano»,²² el detentador del monopolio de la razón en torno al inconveniente en que se convirtieron los grupos guerrilleros en el país.

En el momento mismo en que la LC23S., FRAP, FUZ, ACNR o BAPDLP iniciaban sus operativos políticos y militares en diversas partes de México, la prensa de manera inmediata comenzó a hacer su trabajo. Editoriales o articulistas dejaron correr la tinta en las numerosas páginas que el citado matutino culiacanense abrió al respecto.

Por ejemplo, a finales de 1973 la LC23S afirmó que la guerra revolucionaria en contra del capital y su aliado, el Estado, llegaba por fin. En cuanto se desplegaron sus acciones de guerrilla en el estado de Sinaloa, ese público ávido de expresarse en torno al tema comenzó a ejercitar su pluma en contra de la organización clandestina o personalidades y gru-

²¹ *Ibidem*, p. 301.

²² Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización*, Barcelona, GEDISA, 2003, pp. 37-40.

pos de militancia comunista a quienes reiteradamente señalaron como aliados de la subversión y el terrorismo.

Desde un comienzo, la universidad estatal entre otros actores, fue objeto de ataques por parte de esos maestros de la opinión. Periódicamente se formularon diversos señalamientos en contra de una institución de educación superior a la cual se señaló con índice de fuego por haber renunciado a su labor principal, educar a la juventud sinaloense, y dedicarse desde tiempo atrás a adoctrinar y entrenar a sus estudiantes en ideas o pensamientos extraños. Se volvió costumbre encontrar en las páginas de *El Diario de Culiacán* opiniones de este tenor:

Los jóvenes que se acaban de inscribir en el primer año de la Escuela Preparatoria de la UAS, los «pelones» como se les llama, ya están siendo aleccionados, dogmatizados e impulsados por el mismo camino de la violencia, enseñándoles, no a usar el libro que les ayudará a desarrollar su inteligencia, que los va a cultivar y a preparar para una vida verdaderamente útil al pueblo, al que deben servir, sino a usar el arma que destruye, que priva de la vida, que produce dolor físico y espiritual en muchos hogares de gente pacífica y sana mental y moralmente.²³

La violencia no se circunscribía a nuestro país. La presencia de grupos armados que se enfrentaban a las autoridades tenía dimensiones continentales. Ante esa realidad, ese público interesado en la cuestión, no se cansó de alertar a la ciudadanía del peligro que cernía sobre América Latina y simultáneamente indicando el origen perverso de la conjura comunista cuyos epicentros estaban en Moscú o La Habana:

Nuevamente esta América nuestra es azotada por el terrorismo, refugio de criminales natos, enfermos mentales y los inevitables tontos útiles del marxismo, que se escudan en la llamada lucha de clases para darles rienda suelta a sus instintos asesinos. El terrorista –antítesis del héroe– actúa con todas las ventajas de su parte, ataca a mansalva, armado hasta los dientes y sus víctimas son hombres inermes, ancianos o niños. Siempre actúan en grupo y diluye su miedo en la impunidad que cree le garantizan el montón y el saber correr a tiempo. Oscuros intereses internacionales han encontrado la forma de utilizar a los terroristas para fines muy distintos a los que estos creen servir, y saben que con solo adjuntarles un membrete rimbombante, armas de desecho, la mayoría de las veces checoslovacas o soviéticas, llaman ejército a un grupo de seis o diez pillos que muchas veces son patrocinados por La Habana, Moscú o Pekín, ya tiene a su servicio una eficaz maquina del terror.²⁴

²³ *El Diario de Culiacán*, 1 de octubre de 1973, p. 9.

²⁴ *El Diario de Culiacán*, 12 de octubre de 1973, p. 4.

Para los maestros de la opinión, los autores intelectuales del terrorismo y sus practicantes se originaban allende nuestras fronteras nacionales. El enemigo interno había sido creado por extranjeros. Estos, los responsables de crear a grupos violentos tenían nombre y apellido. Se encontraban en lo recóndito de la estepa siberiana o en algún lugar remoto, aislado del archipiélago caribeño cubano. Eso le esperaba a Latinoamérica en caso de prestar oídos sordos a las denuncias que periódicamente se formulaban en medios de comunicación alertando del peligro para la libertad y democracia que significaba todo lo relacionado con la hoz y el martillo:

El más grave error que pudieron cometer los creadores del llamado «socialismo científico», Carlos Marx y Federico Engels, fue el haberse proclamado campeones de un supuesto régimen social al que denominaron «dictadura del proletariado» constituyéndose de esta manera en enemigos de la democracia representativa a la que calificaron de «burguesa». ¿Qué ocurrió en Checoslovaquia cuando Dubcek quiso verle rostro humano al socialismo? Se le aparecieron los tanques de cinco ejércitos comunistas. En Hungría, los comunistas ahogaron en sangre el clamor nacional de independencia y democracia. Toda la historia del comunismo no es más que la historia sistemática contra la democracia, las libertades y el espíritu creador del hombre.²⁵

Por otra parte, la subversión nacional estaba plenamente identificada. Un origen, un rostro e ideología que guiaban unos siniestros planes diseñados en el extranjero. A ellos el Estado mexicano y la opinión pública combatirían sin cortapisas. La seguridad nacional pendía de un hilo ante la presencia de sujetos manipulados o no decidieron convertirse en piezas del tablero de ajedrez comunista que intentaba en nuestro país construir una cabeza de playa. Ante esas circunstancias, la razón del público ilustrado no podía desdeñarse. Todo lo contrario, la sociedad mexicana debía escucharla y ponerse en guardia ante el peligro que representaban dichos sujetos y sus aviesos intereses:

Los señores Lucio Cabañas, Isidro Castro Fuentes, Enrique Velázquez Fierro, José Luis Orbe Ramírez y Agustín Álvarez Ríos, están resueltos a cambiar las estructuras de nuestro país, para convertirlo por la vía del terror y el crimen a ese paraíso terrenal llamado «socialismo científico», o sea todo ese infierno de esclavitud, mentira y desvergüenza que estamos viendo funcionar tan hermosamente en Cuba y en Chile.²⁶

²⁵ *El Diario de Culiacán*, 4 de octubre de 1973, p. 9.

²⁶ *El Diario de Culiacán*, 3 de octubre de 1973, p. 10.

Para *El Diario de Culiacán* difundir las opiniones del público que deliberaba sobre el problema de la violencia política que asolaba Sinaloa o ciertas regiones del país fue rubro asumido con denuedo. Sin dificultad, se convirtió en vocero de la campaña de desprestigio y linchamiento instrumentada desde el Estado y sus aliados contra el conjunto de estudiantes radicales u organizaciones guerrilleras argumentando que su lucha armada tenía orígenes nefastos.

No hubo espacio para el análisis de lo que sus páginas difundían sin cortapisas. Reproducir acríticamente las declaraciones de los maestros de la opinión era suficiente. Dar por sentado que eran verdad las afirmaciones formuladas y por ende coadyuvar a crear una representación colectiva ante la opinión pública de que México era víctima del ataque de intereses extranjeros como tercamente el gobierno de Luis Echeverría Álvarez y sus empleados no se cansaron de propalar.

Sin embargo, en el alud de informaciones contrarias a las guerrillas mexicanas publicadas en este matutino local saltan a la vista las escasas notas que rompen el monólogo oficial instrumentado. A finales de octubre de 1973 apareció como nota periodística las declaraciones de un destacado militante del Partido de Acción Nacional (PAN), organismo de derecha, haciendo una reflexión y balance sobre la violencia política instrumentados en la ciudad capital y valle circundante a Culiacán por parte de la LC23. En tono crítico apuntó en sentido contrario a la línea editorial de *El Diario de Culiacán*. La declaración afirmaba que las causas de la inestabilidad política en México en la entidad podría tener otros principios:

(...) Por otra parte, el desempleo, por la carencia de fuentes de trabajo, es un problema agudo, que fundamentalmente se presta dentro de los grupos de población que se ubican en las edades antes mencionadas y que en algunos otros lugares llegaron a afectar al 40 por ciento de la población, en el año de 1968. La insuficiencia de empleo conduce a los jóvenes a la frustración y a la violencia, produciendo fenómenos sociales de confrontación de grupos al radicalizar posiciones...²⁷

Apuntaba en la dirección correcta dicha apreciación. Pero no tendría mucho eco. El facilismo y el tono condenatorio depreciaron este tipo de argumentaciones. Puntear hacia donde fuere. Incluso, lo inverosímil sería bienvenido. Era indispensable en el combate a la subversión que la prensa reiterara una y otra vez que la causa o causas de la insurgencia armada en el país tenía en sus orígenes desórdenes mentales que aquejaban a los militantes de las organizaciones que provocaban el caos y la destrucción en Sinaloa u otras regiones de México.

²⁷ *El Diario de Culiacán*, 27 de octubre de 1973, p. 11.

La causalidad psicológica

Para el citado diario, las causas de que la violencia política apareciera en Sinaloa y México eran diversas. O bien eran consecuencia de los choques entre grupos de poder o de alguna patología psicológica asociada a insatisfacciones de la vida moderna que afectaban a un sector de la sociedad.

Por el contrario, fue algo atípico que apareciera alguna nota que apuntara ocasionalmente hacia los verdaderos responsables del conflicto, los factores de orden estructural (economía y política). En medio de reportajes de todo tipo, como con intención de diluir el impacto de la información, cual caída de casa se publicaban artículos que planteaban:

La violencia es, en muchas partes, la única opción para los mexicanos desesperados ante la falta de atención a sus angustias y su miseria. El PAN nunca justificará la violencia como expresión política o sociológica, pero sí se explica como la salida de sectores sociales literalmente acorralados por los problemas, hablar de injusticia social en Sinaloa y en todo México no es descubrir el hilo negro, pero parece que los únicos que no se dan cuenta son los gobernantes.²⁸

Sin embargo, esta no era la línea editorial que siguió *El Diario de Culiacán*, en los años en que las insurgencias armadas rurales y urbanas operaron en diversas regiones del territorio nacional. Las explicaciones fueron en otro sentido. La necesidad de desacreditar o poner en entredicho la legitimidad de las motivaciones que habían provocado su articulación llevó a publicitar todo tipo de textos que les pusieran en cuestión. Los factores que aducían para explicar la violencia política se encontraban en conflictos intergeneracionales, diferencias entre la población adulta que copaba los espacios laborales y de poder que hacían difícil el acceso de los jóvenes a ellos generando una insatisfacción material y espiritual entre la juventud provocando dolorosas consecuencias. En ese tenor, periódicamente aparecían reportajes que afirmaban:

El conflicto de generaciones no es privativo de nuestro tiempo, señaló el Dr. José René Araico. Los jóvenes de hoy aspiran a una familia, una sociedad y un mundo ideales, siempre con espíritu exageradamente profesional. La desesperanza en que se desenvuelve el adolescente es causa de su continuo enfrentamiento a una sociedad y una serie de instituciones que no se adecuan a su ritmo de crecimiento y a su tendencia hacia la idealización, señaló.²⁹

De un lado, las insatisfacción material que padecían cientos de jóvenes mexicanos. Del otro, un factor que repetía con denuedo el infor-

²⁸ *El Diario de Culiacán*, 15 de febrero de 1974, p. 1-8.

²⁹ *El Diario de Culiacán*, 19 de abril de 1972. p. 2.

mativo local: la inadaptación social o las malas compañías podían jugar bromas pesadas en una población que adolecía de la madurez necesaria. Como credo religioso, se repetían sin cesar discursos tales como:

Ese niño que entra temeroso a la escuela, en el inolvidable primer día, es posible que lleve la semilla del odio en su alma si los padres, los compañeros que él admira, han sembrado las simientes de la discriminación y la hostilidad. El prejuicio aflora con la pandilla, forma de asociación universal que asoma en los primeros años y continúa hasta la adolescencia. Es cuando toma fuerza en el niño el concepto de grupo, de la agrupación estrecha y fraterna que forma con sus compañeros y comienza entonces a considerar como inferiores a quienes no son miembros.³⁰

Frustraciones personales o presencia de anomia, eran parte de esas explicaciones que *El Diario de Culiacán* pretendía hacer creer a la opinión pública culiacanense. Faltaba un ingrediente más. En igual sentido y con el claro propósito de robustecer la idea de que la violencia política desplegada por jóvenes en México tenía otro componente a considerar: adoptar estilos de comportamiento ajenos a la idiosincrasia nacional. Se producían así estallidos de violencia guerrillera y con ello, el caos e inestabilidad saltaban a la palestra de la vida pública nacional:

Exaltación de valores negativos. Cuando la malicia o por razones equivocadas se exaltan falsos valores, se cae en el peligro de que se imiten por quienes no han llegado a adquirir aún su madurez psíquica y mental con la consiguiente proliferación de seres de marcado comportamiento antisocial y aun peligroso para la convivencia humana.³¹

Una vía que adoptó la prensa mexicana para explicar la insurgencia armada fue apelar a desórdenes psicológicos del militante o del grupo clandestino. Pero había otros elementos necesarios a considerar en el rompecabezas causal que respondiera a la pregunta de por qué los jóvenes optaban por la violencia política y confrontaban al Estado mexicano. No abordaban este fenómeno de manera unidireccional. Era indispensable tomar en cuenta otros componentes. Sin embargo, una constante predominaría en el citado diario: las guerrillas y la violencia asociada a ellas debían ser explicadas en función de desórdenes mentales, manipulación extranjera, conflictos entre grupos de poder, etc. Todo menos la situación económica y política privativa del México de finales del siglo XX. Y así, entraría en escena el otro responsable intelectual y material del problema.

³⁰ *El Diario de Culiacán*, 29 de septiembre de 1972, p. 9.

³¹ *El Diario de Culiacán*, 30 de octubre 1973, p. 9.

Los intereses extraños a escena

Fue el otro gran argumento empleado por el matutino culiacanense. Cotidianamente *El Diario de Culiacán* abrió sus páginas para que articulistas locales o nacionales hicieran rodar plumas para argumentar que la violencia política que se desplegaba en el territorio nacional era detonada por las confrontaciones entre grupos de poder o recurriendo a la socorrida tesis de que el comunismo internacional era el responsable del caos e inseguridad que privaba en el país.

De lo que acontecía en la entidad, articulistas como Bernardo Méndez Luño, sostenían:

La violencia en cualquier parte donde se presenta no es circunstancial, sino tiene siempre causas muy concretas. En Sinaloa, se dan varios factores para desencadenar hechos sangrientos y grotescos como los del 16 de enero pasado, lo más fácil para los que opinan con superficialidad ha sido culpar de «agitadores», y «revoltosos» de todo lo sucedido en Sinaloa. La violencia siempre ha surgido como resultado de las fricciones y contradicciones que producen las divergencias de intereses. Los grupos detentadores de poder siempre han sido enemigos de la Universidad porque es el único sector crítico de una sociedad dominada y corrompida. Los estudiantes ingenuos y bien intencionados son manipulados por las fuerzas económicas, al mismo tiempo que se infiltran los policías, vaos y vándalos entre los auténticos estudiantes. En la mayoría de los casos, la Universidad no es sino un peón en el gran juego de ajedrez político entre los grupos regionales y los grupos federales en su lucha por el poder.³²

Grupos de poder manipulando jóvenes desorientados para propósitos inconfesables. Esa era una de las explicaciones que se difundía permanentemente en la página principal e interiores del periódico. La disputa por el poder local entre grupos de notables ocasionaba que la universidad y decenas de estudiantes fueran embaucados para satisfacer intereses particulares. Había otro elemento que abonaba esta afirmación: los clanes políticos enquistados en la administración federal de Luis Echeverría Álvarez eran los responsables principales de que las guerrillas desestabilizaran al país con la intención de coadyuvar en la concreción de cuotas de poder. En *El Diario de Culiacán* se decía:

Consecuentemente llegamos a la conclusión de que la violencia y los atropellos son gérmenes nocivos. Todo se deriva de la decadencia del sistema y de elementos que se niegan a entender la nueva política social del Presidente Echeverría. Si hemos de señalar a personas negativas para el progreso de la

³² *El Diario de Culiacán*, 15 de febrero de 1974, p. 16.

nación, es necesario colocar la mira en estos sujetos que son los falsos profetas del proletariado, los que engañan a los trabajadores y a los campesinos, los buitres íntimamente ligados a la corrupción que socava las entrañas de nuestra vida institucional, los que nadan en la cloaca de la pestilencia política.³³

Conflictos entre grupos de poder provocaban la violencia política que asolaba amplias franjas del territorio nacional. Esa era una de las lógicas explicativas que aducían a la afirmación de intereses oscuros, perversos motivaban que en Guerrero Genaro Vázquez, Lucio Cabañas emboscaran a militares, secuestraran a notables actores políticos de la localidad o la Liga Comunista 23 de Septiembre y su grupo estudiantil sinaloense «Los Enfermos», hicieran frente con las armas al Estado mexicano. La otra tesis era el complot de extranjeros cuyo epicentro estaba en Moscú o en La Habana.

Con frecuencia los lectores culiacanenses se documentaban a través de los reportajes que difundía *El Diario de Culiacán* que Sinaloa y México eran peones de un tablero de ajedrez movidos por cerebros situados allende las fronteras. Quizás su cotidiano uso llevó al hartazgo a más de un integrante del público, que si bien avalaba la tesis de la presencia extranjera en el asunto, discutía de la necesidad de un cambio urgente en el guión y de buscar nuevos culpables:

Ver los conflictos sociales en pequeño, reducidos en la escala de conjuras más o menos tenebrosas, en desorden, el alboroto por aquello de la pesca de aguas turbias, es cosa propia de los tiempos. Una constante de la historia contemporánea. Pobreza de imaginación. Tanta que siempre hay un oro de brillo soviético o castrista, y pronto habrá un chileno o chino en el origen de los disturbios. Qué aburrido. ¿Por qué no la CIA para variar? Al menos con motivo o sin él, cambiaríamos de fantasma. Utería completa.³⁴

De manera consuetudinaria se reprodujeron artículos de opinión del periodista de turno encargado de señalar a esa juventud radical acusándola de ser títeres de intereses foráneos. Pero de igual forma, las páginas estaban abiertas a las declaraciones de funcionarios del gobierno para que hicieran públicos sus razonamientos privados frente a las quintas columnas de la URSS. Como hongos se reproducían reportajes en torno al tema en donde con acento condenatorio se señalaba:

Hay quienes a base de un «infantilismo» de servicio extraterritorial, tendencias extremas bajo los más variados disfraces y cometidos mesiánicos con el afán de crear confusión, buscan desencadenar la violencia y enfrentar a los

³³ *El Diario de Culiacán*, 20 de abril de 1972, p. 4.

³⁴ *El Diario de Culiacán*, 19 de abril de 1972, p. 5.

mexicanos entre sí, denunció hoy aquí, ante el Presidente Echeverría el Secretario de Educación, Ingeniero Víctor Bravo Ahuja.³⁵

El público opinó sobre la violencia política desplegada a lo largo y ancho del territorio nacional. No fue una reflexión serena, objetiva y veraz sobre lo que acontecía en México a fines del siglo XX. La discusión tuvo claros propósitos: poner en la picota a quienes consideraban títeres, peones de un tablero de ajedrez dirigido allende nuestras fronteras o desquiciados mentales, enfermos manipulados por clanes políticos locales y nacionales que ponían en riesgo la seguridad nacional.

Con las opiniones formuladas, ese público cumplió otra tarea para el Estado: contribuir a crear una representación colectiva sobre un fenómeno que a sus ojos ponía en peligro la existencia misma del Estado y sociedad en su conjunto.

La representación dominante

Fue la otra parte que integró el rompecabezas informativo sobre la violencia política de fin del siglo XX. Por un lado, abonar en el terreno explicativo intentando responder –a su manera– qué la había detonado. Por otro, crear representaciones colectivas y difundirlas a la opinión pública con el claro propósito de generar el repudio de la población a las organizaciones clandestinas.

La violencia política afectó a la sociedad en su conjunto. Su magnitud e impacto fue documentada puntualmente por la prensa escrita como lo hizo *El Diario de Culiacán*. La producción de reportajes, editoriales o artículos de opinión del público permitió entre otras cosas saber cómo dicho fenómeno fue debatido en el espacio público, quiénes y cómo efectuaron dicha controversia o bien con esa misma información se construyeron las representaciones colectivas en torno a dicha violencia como intentamos hacerlo en el último apartado del presente texto.

Una pregunta a resolver: ¿qué son las representaciones colectivas? Jean Claude Abric considera que son «una visión del mundo que los individuos o grupos albergan en sí mismos y utilizan para actuar o tomar posición, resultan indispensables para entender la dinámica de las interacciones sociales»³⁶. Si bien estas organizan simbólicamente la realidad, no pueden considerarse construcciones asépticas, neutras, ajenas a la ideología del individuo u organismo que las formula. Todo lo contrario. Por ello, importa sobremanera dilucidar quién es el emisor del discurso y así poder entender el sentido o el porqué de su formulación. Todo su-

³⁵ *El Diario de Culiacán*, 16 de mayo de 1973, p. 9.

³⁶ Jean Claude, Abric, «Las representaciones: aspectos teóricos», G. Giménez Montiel, *Teoría y análisis de la cultura*, México, CONACULTA-ICOCULT, 2005, p. 406.

jeto o grupo que emite un mensaje tiene un principio de inteligibilidad³⁷ que lo identifica frente al conjunto de la sociedad. Con ello, fácilmente puede comprenderse la naturaleza o fines de la representación o representaciones que difundió cotidianamente *El Diario de Culiacán*, un informativo afín al Estado y de naturaleza abiertamente anticomunista.

Con estas notas aclaratorias, las fuentes recopiladas permitieron encontrar sobre este asunto un común denominador: Sinaloa y México están frente a una entidad perversa que se vale de malhechores, o peor aún, que está asociada a la delincuencia organizada internacional. Gracias al uso de múltiples declaraciones, como las formuladas por funcionarios gubernamentales, el público lector en esa época comenzó a participar de las representaciones de los supuestos guerrilleros identificados con la escoria social:

Antonio Medina de Anda fue identificado por la Policía Judicial del Estado y la Dirección Federal de Seguridad como el «cerebro» que planeó el secuestro del Cónsul Honorario de Inglaterra, Antony Duncan Williams y del industrial asesinado Fernando Aranguren. Por su parte, Miguel Nazar Haro, Subdirector de la Federal de Seguridad, dijo que entre los detenidos el común denominador son las drogas y enervantes. Los autores de los hechos, son criminales viciosos, escudados en una ideología falsa, son gente perversa, mariquanos frustrados.³⁸

Eran frustrados mentales, víctimas de la desintegración familiar, personas insatisfechas con la vida, fármaco-dependientes, toda una gama de epítetos y etiquetas se les atribuyeron a los militantes del variopinto mundo clandestino mexicano de las guerrillas. Su existencia era un asalto a la razón, un peligro que laceraba periódicamente al país ya que estos individuos o grupos de desviados eran burdos criminales de nota roja, como se reflejaba en las representaciones del insurgente mexicano:

La verdad es que estos pequeños grupos de asaltantes y secuestradores están formados por algunos estudiantes como por reconocidos delincuentes adultos completamente dedicados a lo suyo, pero sin que ninguno de estos grupos cuente con la suficiente fuerza ni mucho menos con el respaldo absoluto de grupos o sociedades verdaderamente importantes.³⁹

Después de identificar al guerrillero con un forajido de la peor ralea, fue fácil formular otra representación en la que todo sujeto u organización de pertenencia tenían fuertes nexos con la delincuencia organizada

³⁷ Juan Carlos, Ruiz Guadalajara «Representaciones colectivas, mentalidades e historia cultural», *Relaciones*, 93, (2003), p. 54.

³⁸ *El Diario de Culiacán*, 21 de octubre de 1973, p. 1-2.

³⁹ *El Diario de Culiacán*, 14 de mayo de 1973, p. 4.

internacional. Esa perversa alianza servía para que los primeros pudieran proveerse de los insumos indispensables para su actividad malhechora. A golpe de martillo, *El Diario de Culiacán*, repetía ese discurso. De luchador social el joven rebelde, armado, pasó a ser imaginado como un individuo con vínculos con el narcotráfico:

Tan escandaloso como el tráfico de drogas en todo el mundo, es la actual desbordante compraventa de todo tipo de armas, donde la pistola común y corriente calibre 22 o 38 hasta las pavorosas metralletas, rifles de alto poder, granada de mano, lo mismo para las infernales bombas de plástico. El comercio de armas entre particulares ha aumentado en forma pavorosa en estos últimos años y de nada han valido las terminantes prohibiciones puestas en práctica por el ejército y la policía para poder adquirir esas peligrosas armas. Las operaciones de compraventa curiosamente tienen un común denominador, lo mismo vale una metralleta en París, que en México o Madrid. Su precio casi es igual, ha variado unos cuantos pesos. En Latinoamérica, en el Brasil, Uruguay, México y demás países el tráfico de armas es realizado lo mismo por turcos, checos, panameños, griegos, españoles y en general por todo aquel hombre que trata de ganarse el dinero con un mínimo de esfuerzo. Y así, los asaltantes de bancos, los guerrilleros en las montañas y ladrones en general, hoy les es más fácil que en ninguna época hacerse de las armas necesarias para cometer sus tropelías.⁴⁰

El Diario de Culiacán insistía: no eran luchadores sociales, individuos que apelaban a motivaciones de orden político para confrontar al Estado mexicano. Eran simplemente burdos criminales. Bandidos que rompían el estado de derecho. Tercamente esa fue una de las representaciones colectivas difundidas a la opinión pública cotidianamente:

Los enemigos de México al palpar la solidez y fortaleza de nuestras instituciones que no se quiebran, ni se doblegan ante sus ambiciones, han desatado contra ellas una campaña de terrorismo, valiéndose de jóvenes engañados y adiestrados en el extranjero, en asaltos bancarios y secuestros de personas físicas.⁴¹

Eran sujetos u organizaciones interesados en alterar el orden público, lastimar a la sociedad mexicana con sus acciones arropadas en lenguajes e ideologías exóticas que justificaban sus ansias malhechoras. Ante esta presencia nefasta en el seno de la sociedad, el Estado tenía un imperativo categórico: perseguirlos y aniquilarlos en su caso. Porque:

⁴⁰ *El Diario de Culiacán*, 13 de noviembre de 1974, p. 4.

⁴¹ *El Diario de Culiacán*, 4 de febrero de 1972, p. 5.

Desde el punto de vista de orden jurídico, formal, los guerrilleros son siempre delinquentes, por lo cual afirmarlo así, es una verdad, aun en el campo del arte de la guerra. El orden establecido tendrá la obligación de perseguirlos para mantenerse el mismo.⁴²

La prensa se cebó en contra de los militantes de las organizaciones clandestinas que operaron en el territorio nacional. El escarnio, la burla o denostación fue la misión fundamental de un medio cuya teórica misión debía ser informar de manera imparcial sobre el asunto a su público lector. Las guerrillas o sus militantes en México perdieron el otro frente de batalla: el apoyo de la opinión pública. El cerco informativo al que fueron sometidos y el alud de reportajes y comunicados consolidaron la representación: un guerrillero era simple y llanamente un sujeto al margen de la ley, apenas un vil delincuente:

Lucio Cabañas, gatillero que opera en Guerrero, escapó al cerco militar que se le tendió en el poblado de Totopac, donde había establecido personalmente su cuartel general. El bandolero logró burlar el cerco gracias a que se vistió de mujer y con niño en brazos pidió permiso para abandonar el pueblo, en busca de un médico.⁴³

Ganar a la muchedumbre trajo extraordinarios dividendos al Estado y a las fuerzas de seguridad que combatían a los guerrilleros. La Guerra Sucia, el abuso de poder, la exacerbación del autoritarismo contra los grupos opositores al régimen fueron parte de los resultados. Al parecer la opinión pública fue seducida por los mensajes de la prensa predominante en el periodo en cuestión, no le importó entonces, ni todavía le importa aún, que cientos de jóvenes sigan hasta el día de hoy declarados como desaparecidos políticos. Había emitido su juicio: eran comunistas, desviados mentales y, por lo tanto, todo lo que se hiciera para contenerlos era válido.

Epílogo

La tarea de comunicar en su estilo la violencia política para *El Diario de Culiacán* siguió hasta cuando esta pasó a ser historia. Cuando la década de los ochenta del siglo XX iniciaba y la labor contrainsurgente del Estado terminaba por liquidar los restos de la Liga Comunista 23 de Septiembre, la difusión de todo tipo de comunicados contrarios a la insurgencia guerrillera se mantuvo.

La tónica fue la misma. El Estado y la sociedad mexicana enfrentaban un cáncer social integrado por jóvenes inadaptados, frustrados y

⁴² *El Diario de Culiacán*, 7 de febrero de 1972, p. 4.

⁴³ *El Diario de Culiacán*, 8 de mayo de 1972, p. 1.

enfermos sociales, individuos que se prestaban a los perversos intereses del comunismo internacional con el propósito de lastimar a la sociedad mexicana. No hubo espacio para la reflexión seria y el debate a fondo sobre la violencia política que aquejaba al país en esa época.

Solo había que combatirla por cualquier medio, entre ellos el de la palabra escrita. Tenía razón Ryszard Kapuscinski en su reflexión sobre el poder de la escritura como forma de preparar la acción. El lenguaje sirve para mostrar al «enemigo», denostarlo, incitar al odio en su contra y, posteriormente, legitimar la acción militar que lo aniquile o haga desaparecer. *El Diario de Culiacán*, conscientemente, contribuyó a ello.